



Un pintor del alma de España

(Conclusión)

Trató Domenico de dar la sensación del contorno por la abundancia de matices como más tarde lograron los impresionistas. En sus obras no hay ni el blanco ni el negro absoluto, pues todos esos tonos tienden el color. Mucho se ha dicho sobre la obra de «El Greco», considerado por algunos como un loco, tenido por otros como un hombre anormal de la vista. No tuvo tal locura, y presentimos que tampoco existió esa enfermedad, me explicaré, pero antes séame permitido una pequeña digresión:

Ante el Don Quijote creado por Miguel de Cervantes Saavedra, nos encontramos con un ser espiritual, y el ingenio del escritor le ve y representa alargado, enflaquecido hasta la exageración, y para mayor contraste lo representa junto a Sancho Panza grueso, rechoncho y lleno de materialismo.

Hecha esa digresión, estudiemos la obra cumbre de «El Greco», actualmente en la iglesia de Santo Tomás, en Toledo, para la que fué pintada: «El Entierro del Conde de Orgaz». La parte baja, en la que el artista representó un cúmulo de personajes de su época, donde con claros y negros tiende a dar sensación de color, gris, como en la vida, llena de calma y reposo, es algo material, maravilloso de ejecución y fidelidad en cuanto a los personajes evocados, pero en la parte alta de la obra, en la que se representa la gloria eterna, los cardenos, verdes y azulados, están llenos de vibración, luz, vida, color y movimiento, formando en conjunto algo que sólo con el alma puede pensarse, nos encontramos con esas figuras alargadas hasta la exageración, espirituales en esencia, porque espiritual en grado sumo era lo que el artista representaba.

«El Greco» comprendió que para representar el espíritu, pintando el cuerpo, debía dar a esas figuras una nerviosidad supraterránea, un dinamismo enorme y eso lo lograba con ese alargar sus figuras, con ese retorcer los cuerpos y cuanto más espiritual era lo por él representado más acentuaba ese alargamiento y esa vibración de luz y de forma.

En «El Greco», eso que muchos consideran un defecto óptico, fué el deseo de una exaltación grandiosa de espiritualidad, queriendo huir de la carne en busca del alma. Otros pintores que no poseyeron su temperamento medieval lo lograron por un camino muy diferente; las obras de Botticelli, por ejemplo, también tienen gran espiritualidad, pero es reposada y fría, llena de la calma del sutil Renacimiento ita-

liano; Fray Angélico, llega al límite de la expresión artística del alma, pero es con visión de vida llena de dulce melodía musical espiritualmente divina, mientras que la espiritualidad de «El Greco» está llena de una vida interna que nos fascina, porqué es espiritualidad del alma esencialmente humana.

Con Domenico Theotokópulos desapareció de la pintura española la sequedad medieval: Velázquez tenía en su taller cuatro lienzos de «El Greco» a los que llamaba «La biblia de la pintura»: y a él acudieron los artistas de la pintura del siglo XIX, en busca de una técnica nueva que libraba a la pintura del frío academismo imperante.

Sus obras son decorativas y su paleta tiene armonías sublimes, hermanas de esas potentes armonías musicales de las obras de Wagner, plétóricas de ritmo y llenas de energía.

«El Greco» fué incomprendido por sus contemporáneos; no obstante, él siguió su camino, porque cuando se cumple un ideal, todo sacrificio nos parece pequeño.

Sabía el artista, que el goce de la materia es fugaz y enervante, y que el gozo que siente el alma es eterno, suave como la fragancia de una azucena, lleno de fortaleza contra las tristezas humanas.

Y lo sabía, porqué ese pintor que no había nacido en España, supo comprenderla y amarla, de tal forma, que hoy, es tan español—en su arte—como Velázquez, llegando en su exaltado misticismo de la forma, y en la viva llamada del color—que no otra cosa es su atormentada obra— a cantarnos sus ideas en sus obras, con la honda profundidad con que lo pudo hacer Teresa de Jesús, la Santa Doctora de la ciudad alada, o con el sutilísimo canto lleno de armonías angélicas con que un San Juan de la Cruz, nos dice el «y tan alta dicha espero que muero, porque no muero».

Si ese Santo o esa Santa, hubiesen cogido un pincel, en vez de una pluma, para cantarnos el puro sentimiento—lleno de ese más allá supraterráneo—que sentían arder en sus almas, hubiesen pintado algo semejante al maravilloso lienzo del «Martirio de la legión de San Mauricio», hoy en el Museo del Prado de Madrid: canto maravilloso del deseo de morir, para mejor vivir. Lienzo españolísimo, donde la humanidad de la carne queda supeditada al deseo, innato del alma, de volar hacia su Creador, para ir a morar junto a los luceros y desde allí irradiar su divina luz por el mundo, en un canto plétórico de fe.

MIGUEL DE ESPAÑA

¿El Jazz es Música?

(Conclusión)

Dice un gran director y compositor contemporáneo: «Así como la palabra es la expresión de la idea, la música es la expresión de la palabra». Nada como la palabra para comunicarnos los hombres nuestras impresiones e ideas de una manera clara, diáfana, transparente, y nada como la música para hacernos meditar y asimilar estas palabras. Ahí pero, dirán, es que la imaginación no tiene límites y necesita de la música sola; independiente, para comunicarnos sus ideas, y es ello cierto; pero ya no de una manera clara e indiscutible, puesto que a lo mejor, mientras el autor de una obra piensa haber descrito un bello paisaje romántico o tal vez una tempestad, otro artista de tanto valor como él, se está imaginando que los

truenos que oye son los ruidos con sus resonancias percibidos en un viaje verniano, al centro de la tierra. El cronista yerra, pero ello es música, ello es bello, y esta belleza sí que la percibe y es percibida por todos, con intensidad proporcional a la capacidad de asimilación de cada uno y según su educación musical. Y ahí está el problema a mi modo de ver, distinguido maestro; y cabe preguntarse: ¿Contiene bellezas el Jazz? Porqué aunque tenga medios de expresión propios y un estilo y una técnica, no quiere decir esto que su fondo y forma sean bellos. Y esas bellezas si las contiene, son de tal modo que no podamos expresarlas y percibir las por los medios actuales? ¿Variarían substancialmente? ¿Es de recomendar un procedi-